

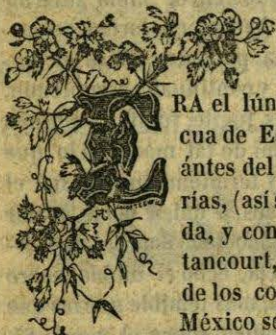
jas mas largas que las de Midas, temeroso no me sucediera lo que acababa de presenciar. Al dia siguiente, el asturiano en cuestion, fué quien me enteró de todo lo que llevo narrado, y aseguro á vds. que el pasar ó llegar á tiempo, tiene tanto de duro como de maduro. MIMO.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. LUIS DE VELASCO EL SEGUNDO

CONDE DE SANTIAGO, Y PRIMER MARQUÉS DE SALINAS.

Undécimo virey de la Nueva-España. Segunda época. Desde 1607, hasta 1611.



1607

RA el lunes 14 de junio, pasaba de Espíritu Santo, y poco antes del rezo de las Ave-Marias, (así se espresa Torquemada, y con poca diferencia Betancourt,) de todos los pueblos de los contornos del Valle de México se vió aparecer un cometa, que naciendo de por encima de Tultitlán, con una gran cola, que casi tocaba á la tierra, pasó no con mucha velocidad hasta Atzacapozalco, donde deteniéndose un breve rato, desapareció: otros vieron dos cometas sobre la casa de Velasco, y Torquemada desde el portal de Tlaltelolco, en el cual se hallaba sentado, asegura haber visto ya puesto el sol, y antes de que entrara la noche, salió como de las casas de palacio una estrella muy clara que recorriendo toda la ciudad, fué á desaparecer al mismo Atzacapozalco. A primera vista aterrorizó la aparicion del cometa, pero pasado un breve rato, y notadas sus circunstancias, se recibió como un nuncio que participaba el nombramiento de virey, hecho en la corte de Felipe III, en D. Luis de Velasco.

Un religioso franciscano del convento de Santa Cruz, (Tlaltelolco) no consideró al cometa lo mismo que los demas, sino que lo juzgó precursor de las desgracias que aguardaban á Tultitlán. A pocos dias, pues, se inundó el pueblo, arruinándose muchas casas, lo que dejó á infinidad de familias sin hogares, y las cua-

les se refugiaron en las de Velasco, que por ser de comunidad pudieron alojar á bastante acomodándose en los patios y en los corredores arriba y abajo. Agréguese á esto que la poblacion habia experimentado una cruel peste, cuya gravedad aumentó la inundacion, pereciendo multitud de personas.

Hastiado con los negocios políticos, fatigado por su avanzada edad, Velasco que despues salió del vireynato en México, habia estado en el Perú siete años, pidió al soberano que le relevase y le permitiera ir á concluir sus dias en México, donde tenia sus rentas y su familia: vino en efecto, y pasaba unos dias en Tultitlán y otros en Atzacapozalco, que eran encomiendas suyas, estando en este último á la sazón que se presentó el cometa, despues de lo cual á los dias el 16 de junio recibió la cédula por la que le era mandado que sucediera al marqués de Montes Claros, siendo de edad de mas de setenta años y de cerca de cuarenta de vecindad. Púsose inmediatamente en camino para Xochmilco en donde habló con su antecesor y allí pasó á Tlaltelolco, en donde permaneció ocho dias, al cabo de los cuales, el 20 de julio hizo su entrada en la corte vireinal.

Salido de México, como se ha dicho, el marqués de Montes Claros fué acusado ante la audiencia, y solo sus amigos pudieron contentarlo para que no se volviese, siendo ellos parte en hacerle reprimir su cólera; sin embargo, en la audiencia dieron cuenta al soberano, que

previno á Velasco que pusiera presos á los calumniadores del marqués, y además ordenó que en lo sucesivo no se dieran los cargos precisamente á los descendientes de los conquistadores, sino que se atendiera solo á la idoneidad de las personas.

Las lluvias excesivas produjeron como era de esperarse, que saliendo las lagunas de madre, inundaran á México, sin que fueran parte á impedirlo los reparos hechos por el marqués de Montes Claros. Hizose entónces ver á Velasco la necesidad evidente que habia del desagüe, único remedio eficaz para salvar la ciudad de riesgo tan inminente que á cada paso la amenazaba. Proyectábase con el desagüe, que derramaran las aguas de México en las lagunas de Izumpango y de Citlaltepec, que forman el rio de Acolhuacán, el cual en sus grandes avenidas, saliendo de madre, inunda á la capital, por desembocar en la laguna de México, á la que se le pensaba dar otra corriente para las espresadas de Zumpango y Citlaltepec. Consideróse muy á propósito á Huehuetoca para la construccion del canal, y al efecto, el virey acompañado del visitador Landeros y de la ciudad, pasaron á ella. Casi todo el año transcurrió, no haciéndose otra cosa mas que consultas, y no atreviéndose Velasco á definir nada, miéntras no le fuese pedido por la ciudad y el fiscal de la audiencia, los cuales al fin lo hicieron, en veintiocho de diciembre, accediendo D. Luis á lo que solicitaban. Los tribunales, la ciudad, el mismo virey, todas las autoridades fueron en ese mismo dia á la ciudad de Huehuetoca, y para implorar y alcanzar la proteccion divina, se celebró una misa: en seguida tomó Velasco la azada en la mano, y dió principio á la obra. He aqui el origen y los primeros trabajos del nombrado acueducto de Huehuetoca.

Quedaron desde este año beneficiados los officios de la casa de moneda; rematándose el de tesorero en ciento cincuenta mil pesos, y el de ensayador y el de marcador, cada uno en ciento sesenta mil.

1608.—Para promover la obra del desagüe, mejor dicho, para continuar la ya comenzada, era necesario un gasto crecido, y no alcanzarian quiza á cubrirlo las rentas municipales, ni nun las reales: tratábase por otra parte de una empresa en gran manera benéfica á la poblacion, y para ello se dispuso gravar todas las mercancías y fincas, para cuyo efecto fué preciso valuarlas, y resultaron apreciadas en dos millones doscientos sesenta y siete mil quinientos cincuenta y cinco pesos, que al uno

por ciento, se sacaron trescientos cuatro mil trece pesos, habiendo dado sin excepcion todas las personas y corporaciones, ménos los franciscanos. El padre Juan Sanchez, de la compañía de Jesus, presentó el plan, que aprobado, se siguió en la obra: él mismo se encargó de dirigirla, asociándosele Martin Enriquez. A poco tiempo se desavinieron y se separó el padre Sanchez. Despues se mandaron abrir dos canales, el uno desde el puente de Huehuetoca, y el otro subterráneo por debajo del mismo puente. Acabó la obra de los canales el siete de mayo, y el virey con el arzobispo vieron con placer correr las aguas por el canal subterráneo, hasta las faldas del Nachistongo. En la obra se consumieron setenta y tres mil seiscientos once pesos, empleándose cuatrocientos setenta y un mil, ciento cincuenta y cuatro operarios, y para condimentarles sus alimentos y prepararles toda clase de servicios domésticos, mil seiscientas setenta y cuatro personas. El ayuntamiento, juzgándose sin los recursos necesarios, imploró del virey que se impusiera á cada pipa de vino que entrase á la ciudad, cincuenta pesos. En todo esto se deja entender, como pasaba en efecto, que ni los comerciantes perdian subiendo los precios, pues comenzaron á espender á dos y medio el cuartillo, que ántes daban á dos reales, y que con todo se quejaban de tal medida.

1609.—En veintiseis de mayo se espidió una real cédula por la cual se prohibia la esclavitud de los indios llamados tlaquehuales, cuya servidumbre era á semejanza de la de los conductivos de los romanos. La suma escasez de aguas en el año pasado cooperó mucho para los adelantamientos de la obra que se continuaba con empeño: derepente, sin embargo, fueron tales las llúvias, que hubiera inundádose la ciudad si el mismo impetu y furia de la agua no la hubiera hecho romper la calzada y abrirse paso por otra parte.

Corrióse la voz muy valida al comenzar el año de que los negros el dia de los Reyes habian nombrado el suyo y rebeládose. La noticia no parece que fué tan vaga, pues en efecto los esclavos que servian en las haciendas de la villa de Córdoba y lugares vecinos, ostigados por sus señores que les daban un trato cruel é inhumano, se rebelaron contra ellos y se colocaron en actitud hostil por parages montuosos. Velasco hizo salir á atacarles de México una fuerza regular que marchó el veinte y uno de enero, constando de cien soldados, cien aventureros, ciento cincuenta indios flecheros y otros doscientos españoles, meztizos y castas. Tuvieron

fugar algunas pequeñas escaramuzas pidiendo por último el indulto los negros, pues que no habian ofendido, dicen, al rey; y en efecto, se les concedió dejándoles poblar la villa de San Lorenzo. En tanto que esto pasaba, Velasco en México para calmar la agitacion, aparentando ser falsa la insurreccion, hizo azotar á los indios que se hallaban en las cárceles sentenciados á esta pena por otros delitos.

Landeros recibió orden del rey para entregar los libros de la visita al presidente de Guadalupe, D. Juan Vilella, y de marchar para un puerto sin salir de él mientras no se le mandase. Esto parecia dimanado de falsas delaciones hechas al monarca, pues la conducta de Landeros fué tan pura, que regresó á su patria sin dinero.

Vióse en fin Velasco en este año premiado por sus distinguidos servicios con el título de Marqués de Salinas, que fué ocasion de grandes fiestas públicas en México.

El hospital de S. Lázaro, que algunos años atras lo habia fundado el médico Pedro Lopez, en este de 609, con un hijo suyo clérigo, lo edificó, le dotó salas y dejó el patronato á la corona. Este local lo tenian antes los religiosos de S. Juan de Dios, quienes pidieron el hospital real, que concedido por cédula de 16 de agosto del año anterior no lograron que se les entregase por los administradores de sus rentas, que se opusieron.

1610.—Cada día se hacia mas precaria la situacion de los indios, y á fin de aliviarlos, el marqués reglamentó los repartimientos señalando el jornal que debian darles los que los ocupasen, los trabajos en que debian ser empleados, el tiempo que habian de trabajar dia-

riamente, quitándoles los trabajos duros ó tiempo muy largo, entre otros los de obrages. La resistencia que encontró el virey fué tenaz pero la destruyó con energia, disponiendo tambien para que no se les molestara á los indios se les gravara, que en los parages en donde bajaran hubiera un número regular de carnicerías para que pudieran abastecerse. En el interior de la Nueva España, la escasez de viveres produjo funestas consecuencias: la hambre y la peste.

1611.—Para espeditar el comercio de Filipinas envió Velasco una embajada al Japon, en la que parece fueron los mártires, en cuyo número se cuenta el Beato Felipe de Jesus, que perecieron entónces. El diez y ocho de enero concedió Felipe III para propios las tiendas de tablas de la plaza al ayuntamiento que habia hecho de ellas Baratillo.

Para mas recompensar al marqués de Salinas, el rey le nombró presidente del consejo de Indias, conservando la autoridad de virey hasta el momento de embarcarse que á ninguno habia sido concedido. Partió Velasco, en tanto que caminaba, el 10 de junio un eclipse de sol en México, que comenzó al medio día y hizo desaparecer completamente la luz desde las tres hasta las seis de la tarde, en términos de haberse visto con claridad las estrellas mas bien por el oriente que por el ocaso. La gente del bajo pueblo amedrentada se confesaba á voces, pedia misericordia ó se refugiaba á los templos, en algunos de los cuales se espuso el Sacramento. Llegado el virey al puerto acompañado de un alcalde de corte y el escribano de gobierno, se despidió de ellos y se embarcó.—CARLOS M. SAAVEDRA.

BARATISMO.



UCHO tiempo permaneció estacionario y dueño del mundo este mal de todas las edades, que no es mas que el exceso de una revolucion mal entendida, que despoja á la religion de su vida, por decirlo así, porque le quita su esencia intelectual y la reduce á un asunto de palabras y

meramente material, disminuyéndose lentamente solo á medida que avanza la civilizacion y que las naciones obedeciendo á un precepto suyo, procurasen la instruccion de las masas. Pero se han padecido en los pueblos transiciones demasiado repentinas y violentas, que han aumentado por algun tiempo, como sucede en todos los trastornos, y que llegará á acabar en lo posible con él, porque sacudiendo

las naciones, las sacó de un letargo en que yacian, y les imprimió un movimiento, que aunque saltuario é irregular, llegará á arreglarse un dia, produciendo entónces los buenos efectos que solo parece haber indicado.

El sacudimiento fué terrible, é incomprendible la gradacion de sus movimientos, que solo el dedo de Dios podia dirigir. Sentado el fanatismo en su trono de plomo, parecia enseñorearse del mundo; pero se hacinaban causas, los tiempos volaban y llegó el siglo XVIII, sonó la hora y se operó un cambio: la impiedad y la incredulidad fueron una moda en la vieja Europa, que habia casi agotado todas las novedades religiosas, y que buscaba aun una que admitir como el gusto del dia. Las manifestaciones de la impiedad fueron una patente de filosofia, y los discípulos de Voltaire y los imitadores de Diderot y de tantos otros, fueron tenidos como grandes ingenios, como inteligencias superiores que no se doblegaban á la fuerza de lo que ellos llamaban sofismas, y para quienes el peso de una creencia de tantos siglos, y la tradicion que pasó de boca en boca por millones de hombres, era impotente, y no podia convencer su animo elevado, y su profunda comprension, y á pesar de esto, ellos creian á esta misma tradicion, y se sentian arrastrados por esos mismos sofismas en otras materias. Inconsecuentes en sus principios, y novelosos, sus razonamientos tenian á veces elevacion, y aun brillaba en ellos el fuego de la imaginacion. Bien sabido es que al que se aparta de las opiniones vulgares, se le cree grande, sabio tambien, y sobre todo, dotado de una inteligencia superior, con tal que sostenga sus dichos con elocuencia. Esto aconteció con aquellos filósofos, y como las creencias de que afectaban no participar, eran comunes á casi todos los hombres venerables por su antigüedad, se les creyó vastísimos, casi dioses, porque no solo no creian, sino que ridiculizaban sus creencias religiosas, inventándose el nombre d'esprit-fort, que se usó de buena fé para designar á estos colosos del entendimiento, á estos héroes de la critica, para quienes las opiniones bajo las cuales habian encanecido tantas cabezas respetables, carecian de poder y de prestigio, sujetándolas á su exámen. Despues se ha usado irónicamente este término para denominar á esos mismos impíos, porque las generaciones que les sucedieron no podian alimentarse de quimeras, que aunque vestidas con formas hechiceras, eran tan ideales tan vaporosas y tan mentidas como la buena fé con que escribian

sus autores: es casi cierto que ellos no sentian lo que escribian, ni puede haber un hombre que se convenza de esos monstruos de religion. A pesar de esto, el pueblo que está siempre por lo nuevo, y que desmoralizado acaso por los acontecimientos de la época, no tenia firmeza en sus principios, que por su educacion y costumbres tiene tendencias á no creer mas bien, que á creer, y que carece de juicio recto para conocer la verdad, acogió estas ideas y las alimentó, dando por resultado la desmoralizacion que reinaba al tiempo de la revolucion francesa. Podrán tal vez creerse exageradas estas opiniones sobre el pueblo, pero solo con atender á los acontecimientos mas insignificantes de las naciones, se convencerá alguno de la verdad de ellas. Despues de esto, algunos ingenios realmente grandes, preconizaron la religion cristiana, la calma y la meditacion sucedieron con el transcurso del tiempo al calor y á la ligereza, y la verdad radiante volvió á ocupar el lugar que le habia usurpado el error. La religion cristiana fué aceptada de nuevo, fué admitida con entusiasmo; mas este entusiasmo se convirtió á su vez en moda, y se dividió la sociedad en dos clases. El pueblo sigue siempre á sus ideas, las opiniones de la clase á la cual cree sábia, á los filósofos, á los poetas y á los escritores, todos en fin, y estos eran cristianos fervorosos, porque la antigua moda y el calor de la impiedad habian provocado disputas en las cuales brillaba la verdad con tal fuerza, que no se podia ocultar. Ansiosos los antiguos de sensaciones nuevas, y acostumbrados al raciocinio matemático, buscaban demostraciones materiales en el cristianismo que no pudo darles, y cuya mejor prueba son esas verdades indemostrables que penetran y convencen á todas las inteligencias, desde la superior hasta la infima, y juzgando austera á la religion, creyeron que no podia acomodarse al nuevo gusto, al gusto refinado de la época de las invenciones y descubrimientos, á las hipótesis ideales y á los goces humanos, y en consecuencia buscaban otras creencias, con las cuales consiguieron su objeto, porque juzgaban al cristianismo como una flor marchita que no puede dar aroma como un tallo seco que carece de hermosura y de vida; mas sonaron las harpas dulcísimas de los poetas cristianos y las bellísimas concepciones de talentos sublimes, hicieron entrever la poesia de la religion cristiana, la elevacion de sus sentimientos, y probaron que en ninguna fuente pueden beberse tantas inspiraciones como en el cristianismo, ni ideas tan puras tan sen-

cillas y tan llenas de ternura y de fuego, y de cuanto puede contribuir á formar una verdadera obra de gusto; porque en mi concepto, el refinamiento del gusto y el aumento de la cultura es la mayor aproximacion á la sencillez. Entónces la generacion fué cristiana, y el cristianismo fué de moda. Antiguamente el pueblo y los sabios creían sin excepcion y pecaban por fanatismo: despues unos y otros pecaron por impiedad, y mas tarde el pueblo tornó á sus creencias erroneas por su falta de critica, y su exageracion y los sabios aceptaron la religion en toda su verdadera y sencilla magestad. El entusiasmo mal dirigido produjo errores tambien, y en nuestro tiempo no es raro ver malas interpretaciones de las verdades cristianas, porque los autores de ellas no se toman el trabajo de comprenderlas, ni quieren sujetarse á la pureza del cristianismo, al cual quieren hallar con concepciones de muy distinto género.

Esta costumbre producirá á su vez males inmensos y males acaso incurables. El pueblo por su parte continuó en sus exageraciones que llamamos fanatismo, y al cual acusamos de infinitos males. Se oyen de vez en cuando aun entre nosotros, jóvenes sectarios de los pretendidos filósofos de que he hablado; y como esta palabra, fanatismo, se ha quedado sin sentido verdadero, y la idea que produce no tiene límites ciertos, quieren que el pueblo no tenga creencias; otros, que no tenga culto; y solo unos cuantos desean que no tenga ese culto de idolatría que prestan á algunas imágenes, ni otras ideas semejantes á esta. Abandonaré tan diversas opiniones para ocuparme solo de la influencia del fanatismo, lo que se quiere en la felicidad social.

La religion tiene una influencia innegable en las costumbres; pero los hombres jamas serán completamente virtuosos; no habrá pueblos cuyos ciudadanos todos sean Sócrates, así como jamas tampoco los hombres todos obedecerán á las leyes; supuestos estos dos principios no formaré teorías bellísimas é irrealizables. Nadie puede dudar que mientras mas se acerquen las creencias populares á la verdad católica, mas puras serán tambien sus costumbres, y mayor el bienestar social. El pueblo puede adelantar mucho aun, y la civilizacion lo hará aproximarse mas y mas á ese punto, siempre que la civilizacion se comprenda bien y se dirija rectamente; pero entónces será necesario un cuidado sumo de parte de los gobernantes para evitar el extremo opuesto y la resurreccion de la moda del siglo XVIII. La

civilizacion destruirá esas bárbaras diversiones de nuestro pueblo que lo enseñan á ser cruel sin darle valor, como las corridas de toros, y lo hará conocer que las imágenes son impotentes por sí mismas, y el pueblo se desengañará de que despues de cometido un crimen no es la impunidad lo que se debe pedir al cielo, sino el castigo debido; que no son luces ni medallas las que se deben ofrecer á la Divinidad en expiacion, sino arrepentimiento, y arrepentimiento sincero. Conocerá mil otras cosas que le harán mas recto y ménos criminal; conocerá, en fin, mas bien sus derechos, y sabrá apreciarlos mejor.

Dos son los males graves que el fanatismo trae: el uno, la influencia absoluta que concede á una sola clase de la sociedad; y el otro, la creencia funestísima de la impunidad criminal en la devocion. El uno y el otro de estos errores, son obstáculos terribles para la felicidad, el uno y el otro impiden formar el corazón del pueblo, y el uno y el otro tambien impiden que este pueblo tenga virtudes sociales, sin las cuales no puede haber sociedad ni felicidad ni aun existencia, puesto que pone el borde de un abismo al que lo impelerán las naciones mas poderosas para enseñorearse despues de él. Este fanatismo no consiente, ni se puede aliar con las virtudes cristianas, y solo produce adoradores hipócritas y malvados imbeciles, que son irreducibles y que no formarán jamas una nacion poderosa. ¿Cuál es el medio de quitar este fanatismo? Yo no encuentro otro sino es la instruccion popular, la destruccion de las causas que lo producen, las cuales, á mas de la ignorancia, son las costumbres de que he hablado y la influencia que he indicado; pero cuales sean los medios para cortar estas causas, no me atreveré á decirlo; repetiré solamente que la instruccion popular. Esta solo sabrá definir lo que es fanatismo, y ella fijará límites á tal idea, y ella solo destruirá sus causas. No creo que jamas se quite completamente, porque no me alimento de teorías; ni creo que los hombres en sociedad lleguen jamas á la perfeccion social ni á la perfeccion moral; he dicho tambien que mis creencias son católicas porque no faltara acaso quien dudase de ellas.--Circunscribiéndonos á nuestro pais, debemos notar que en él por desgracia se han reunido cosas muy desemejantes entre sí que han producido una fermentacion lenta que producirá aun males incalculables: así como se hallan reunidos los extremos de la impiedad y del fanatismo, de la civilizacion y de la ignorancia. Nuestro pueblo, saliendo de una

dominacion bárbara é ignorante, y precipitándose en un mundo lleno de luces, debió deslumbrarse y mezclarse cosas que no pueden estar reunidas nunca sin ocasionar males gravísimos; saliendo de la esclavitud y precipitándose en el apogeo de la libertad, debió cometer mil errores que ya ha pagado, y que lo han sujetado á un número de hombres que quieren constantemente dominarlo. Sin embargo, esta es la marcha natural de las cosas, y no debo yo hablar de ella. Esta marcha continuará y las cosas tocarán á su fin.—Mi objeto ha sido el fanatismo, he hablado de él rápidamente y debo concluir manifestando á los detractores de su pais, que no en el nuevo mundo, sino en las viejas é ilustradas monarquías es en donde se ve el fanatismo; allí el pueblo es fanático verdaderamente, y mis opiniones no son solo sobre nuestra patria, sino respecto del orbe entero. Nuestro pueblo avanza, y un gobierno paternal y desinteresado guiará su instruccion y hará felices á las generaciones futuras; porque es un error creer que esos males se pueden arrancar en un momento, cuando su destruccion es obra del tiempo y de la justicia; mas como no ha llegado aun ese tiempo, ni esa educacion, no viven tampoco aun sus directores. Es cierto que llegará, y esta idea debe consolarnos; en el entretanto nuestra genera-

cion debe procurar la mayor felicidad social posible, y debe preparar los elementos para la futura. Esta es nuestra obligacion, y la Providencia coronará nuestros esfuerzos.

Quiera el cielo que al remediarse en lo posible este mal, no se caiga en el extremo contrario; males muy graves son el resultado del fanatismo, como que impide que lleguen á poseerse por el pueblo la justicia, la recta piedad, la libertad verdadera que tanto se nos ha parodiado y que sujeta á una nacion entera al hombre que quiera dominarla valiéndose de la hipocresía; pero son aun mayores los males de la incredulidad; una nacion de ateos no podria subsistir, como dice Rousseau, y si se llegase á formar, seria necesario huir de ella hasta el extremo opuesto de la tierra; porque los hombres movidos por las pasiones y sin un freno que los contenga, sin creer en nada y sin mas temor que el de la fuerza fisica, se convertirian bien pronto en una horda de salvajes. Al concluir, debo decir, mi fé política, porque se me acusará tal vez, al leer mi artículo, de fanático, de retrógrado, de antiliberal y de cuanto se quiera; pero protesto solemnemente que amo á mi libertad porque es mi vida, porque me es tan necesaria como el ambiente que respiro, y porque es acaso, en este mundo, mi única felicidad.—J. M. DEL CASTILLO.

LOS ORADORES.



QUIEN no admira la magestad, la pompa, la imaginacion y el entusiasmo de Bossuet, así como la vasta estension de su ingenio impetuoso, fecundo y sublime? Quién concibe sin asombro la increíble profundidad de Pascal, su invencible raciocinio, su memoria sobrenatural y sus conocimientos universales y prematuros? El primero eleva el espíritu, el segundo lo confunde y lo turba: el uno brilla como el rayo en una tempestad, y por sus repentinos arranques no puede ser conocido por la almas tímidas; el otro obliga, asombra, ilumina,

hace sentir despóticamente el ascendiente de la verdad; y como si fuera un ser de diversa naturaleza que la nuestra, su viva inteligencia esplica las consideraciones, las afecciones y los pensamientos de los hombres, apareciendo siempre superior á las inciertas concepciones de estos, y su ingenio sencillo y poderoso se asemeja á aquello que uno juzga incomparable, la vehemencia, el entusiasmo y la ingenuidad con lo mas profundo y oculto del arte; pero de un arte que lejos de atar á la naturaleza, no es mas que una naturaleza mas perfecta, y el original de los preceptos. Qué mas diré? Bossuet manifiesta mas fecundi-

dad, Pascal tiene mas invencion; Bossuet es mas impetuoso, pero Pascal es superior: uno excita la admiracion por sus frecuentes y violentos rasgos, el otro siempre lleno de solidez, la agota por su carácter mas conciso y sostenido.

• Pero tú, oh Fenelon! que les has sobrepujado en amenidad y gracia, sombra ilustre, genio amable, tú que hiciste reinar la virtud por la unción y por la dulzura, podré olvidar la nobleza y el encanto de tu palabra, cuando se trata de elocuencia? Nacido para cultivar la prudencia y la humanidad en los reyes, tu voz ingenua hizo resonar al pié del trono las calamidades del género humano, hollado por los tiranos, y defendió contra los artificios de la lisonja la causa abandonada de los pueblos. Cuánta bondad de corazón! ¡Cuánta sinceridad se nota en tus escritos! Qué palabras y qué imágenes tan brillantes! Quién ha esparcido tantas flores en un estilo tan natural, tan melodioso y tan tierno? Quién ha adornado la razón con una fuerza tan patética? Ah! cuántos tesoros y abundancia en tu rica sencillez!

O nombres consagrados por el amor y por el respeto de todos aquellos que aman el honor de las letras! Restauradores de las artes, padres de la elocuencia, lumbreras del entendimiento humano, ¡que no tenga yo un destello del genio que enardecia vuestros profundos discursos para poderos explicar dignamente y manifestar todos los rasgos que os han sido propios!

Si pudieran reunirse talentos tan diversos, ¿vez se querría pensar como Pascal, escribir como Bossuet y hablar como Fenelon; pero con la diferencia de su estilo venia de la diferencia de sus pensamientos y de su modo de sentir las cosas, los tres perderian mucho, si se quisiera manifestar los pensamientos de uno con las expresiones del otro. No se desea esto al leerlo por que cada uno de ellos se espresa en los términos mas acomodados al carácter de sus sentimientos y de sus ideas; lo cual es la verdadera señal del ingenio. Los que no tienen ni viveza, nesesariamente adoptan toda especie de giros y de espresiones, y no tienen un carácter distintivo.

VAUVENARGUES, traducido por T.

EL ENTUSIASMO.

ODA

compuesta y pronunciada con motivo de la distribución de premios, adjudicados á los Alumnos de los Reales Estudios del Colegio Imperial de la Compañía de Jesus, el día 10 de agosto de 1832.

POR DON JOAQUIN PEREZ COMOTO,

individuo de la Academia de Humanidades y Lenguas Orientales.

Triunfo á los Hijos del Hispano suelo,
Y á los caros alumnos de Elicona
Que plácido corona
El Dios benigno que naciera en Délo.
Himnos, himnos en fin mi lira suene
A la aplicada Juventud que supo
Tantos lauros ganar, y hasta Pirene

Y la abrasada zona
El justo encomio del saber resuene.
¿Quién á mi pecho diera
El fuego celestial que el alma grande
De Byron inflamó? Quién los robustos
Ecos henchidos de espresion, de encanto,

Con mucha satisfacción insertamos esta poesía: ella reúne á su mérito literario la cualidad de ser producción de un compatriota nuestro; además es desconocida en México, pues nosotros la debemos á la generosidad de un amigo nuestro que obtuvo un ejemplar de ella de las propias manos del autor.

De aquel Vate español que la sublime
Lira heredara de inmortal Tirtéo;
Lira sublime que á mil héroes pudo
Encender y animar; lira que al Ponto
Embravecido, horrendo,
Cuando á Trinacria impávido azotaba
Audacia y fuerza en sus acentos daba,
Y mas crecia el pavoroso estruendo?
¡Ay! si fogosa inspiracion mi mente
Inflamara tal vez, con que el Cubano
Vate cantó, que en su entusiasmo ardiente
„Al retumbar sobre su frente el rayo,”
Alzaba ledo su radiosa frente.
Mas si elevarse á tanto
La Musa mia en su ambicion no puede,
Ni el dulce Apolo su cantar le cede,
Yo haré que el entusiasmo sacrosanto,
Que inflama sin cesar la mente mia,
Dé á mi plectro vigor y valentia.

Si le dará, que en mi agitado pecho
Siento cual llama de volcan activa
Arder la inspiracion. Veloce, ufano,
Desplega el Númen su gigante vuelo,
Y hasta el Olimpo sube,
Cual águila á deshora
Remontándose altiva y triunfadora
Su frente esconde en la elevada nube.

Obra del entusiasmo es cuanto miras
En torno tuyo agora;
Por él, ó Juventud, de lauro honroso
Ciñes la frente y con placer respiras
El aura de la gloria;
Que de Minerva en la palestra un dia
Debiste á tu osadía
La palma y la victoria.
Tal en el circo de la antigua Grecia
El gladiador forzado,
Por conseguir un lauro, combatía.
¡Y cuántas veces del contrario al rudo
Golpe cediendo el infeliz moría!

Si á Roma tiendes la anhelante vista
¡Cuántos héroes allí! ¡Cuántas hazañas
Te ofrecerá la historia!
Aun dura del gran Cocles la memoria;
En el cortado puente,
Que baña el hondo Tibre,
Luchando veo que á Porcenna vence
Y á Roma deja victoriosa y libre.
Ya, ya te miro, Labrador ilustre,
Dejando el corvo arado,
Y el acero blandir con noble brio,
Y á Minucio salvar, y en triunfo á Roma

Volver entusiasmado,
Entre el clamor de un pueblo alborozado.

Mas ¡ay! no solo en los distantes climas
Busqueis, amigos, férvido entusiasmo,
Volved los ojos á la madre España,
Del mundo todo admiracion y pasmo.
De Covadonga en la riscosa cumbre
Se alza la sombra de inmortal Pelayo,
„Iberos, grita, si vibraba el rayo
„De guerra asoladora, lo debía
„Al entusiasmo que en mi pecho hervía.
„Venci por él las huestes Agarenas,
„Y tornando á la Hesperia su reposo
„Clavé yo victorioso
„El pendon de la Cruz en sus almenas.”

¿No ois? ¿No ois el general murmullo
Desde Pirene á Gades?
¿No los veis? Ellos son.... De Zaragoza
Entre sangrientas ruinas
Y de Numancia entre ceniza y polvo,
Y en los campos ilustres de Gerona,
Los hijos de Belona,
Héroes de bendicion, ora se elevan,
Y hasta el Olimpo llevan
Sus voces doloridas:
„Si tantos lauros á la patria dimos,
„No lo estrañeis, naciones, que perdimos
„Antes que el entusiasmo nuestras vidas.”

Mas qué ¡por dicha tan sublime llama
Bajo la cota solo se respira
Y blandiendo una lanza ponderosa!
¡Ah! no; tambien inflama
El tierno pecho celestial Sofia.
Hija del entusiasmo en la Poesía,
Hijos los versos que Maron cantaba,
Y los dulces amores
Que Tibulo en su flauta suspiraba.
El profanado Tajo,
De tanto horror y de maldad testigo,
Alza la frente de Leon al canto,
Y al forzador Rodrigo
Habla y anuncia desastrada muerte,
Y á la patria infeliz funesta suerte.
Las glorias de Lepanto
Herrera dice con osada lira,
Y las ruinas de Itálica famosa
Gime Rioja, y á su voz responde
„Cayó Itálica” el viento que suspira.
¡Ay! que Newton tambien al alto cielo
Remonta el raudo vuelo,
De tan hermosa inspiracion henchido,
Y por llegar al ignorado mundo

Hiende Colon el piélagos atrevido.

¡Llama de vida! ¡Inspiracion sublime!
Que nos guías al bien ¡ah! nunca, nunca
Dejes de arder en mi sensible pecho!
¡Qué fueran sin tu estímulo los hombres?
Plantas humildes, que el pantano cria
Con ignorados nombres,
Que nadie ve, ni las alumbró el día.

¿Y un tiempo llega en que tan noble fuego
Apaga el soplo de la edad cansada?
¡Ay! la vejez helada
Nos roba el entusiasmo y nuestras glorias;
Aquella intrepidez que mil victorias
Nos dió de amor, de encantadora ciencia,
Desparece tambien y se convierte
En languidez y fria indiferencia.
¡Juventud! ¡Juventud! antes que el tiempo
Cubra con hielo tu florida senda,
Sin que una chispa de entusiasmo encienda
Tu yerto corazon, constante ofrece
Tus placenteros días á Minerva,
Que transmitiendo á la veraz historia
Los triunfos del saber, grata reserva
Lustre á tu nombre y á la Patria gloria.

CARITEO Ó EL GRAMÁTICO.

CARITEO es esclavo de la construccion, y no puede tolerar la menor libertad; no sabe lo que es elocuencia, y se queja de que el abate Olivet no ha echado en cara á Racine cuatrocientas faltas; pero sabe admirablemente la diferencia que hay entre *pás* y *point*, y ha puesto excelentes notas á un *Tratadito de Sinónimos*, obra muy propia, dice, para formar un gran orador. Cariteo no ha conocido nunca si una palabra es ó no conveniente, si un epíteto es propio, y si está en el lugar correspondiente. No obstante, si manda imprimir alguna obrita, durante la impresion le hace continuamente variaciones, ve y revé las pruebas, las manifiesta á sus amigos; y si por desgracia el impresor se olvida de quitar una coma que está de mas, aunque en nada cambie el sentido, no quiere que se publique su libro hasta que no se ponga una fé de erratas, y se vanagloria de que no hay otro tan bien impreso como el suyo.

VAUVENARGUES.

SONETO.

Loco de mí que mi esperanza puse
Del voluble elemento en la fijeza;
Pues creí de una hermosa en la firmeza,
Y de inconstancia exenta la supuse.
¿Qué tanto de ser ciego amor abuse,
Y que me haya traído á tal bajeza!
Mas si cai por ciego del alteza,
Justo es tan solo que á mi propio acuse.
Si el ánimo incliné al seguro daño,
Cuando cercano sospeché el engaño,
¿Quién me mandó cegar en tal momento?
Mas sepa quien me escuche, mire ó vea
Que fiar en muger, hermosa ó fea,
Es fabricar castillos en el viento.

Los talentos son lo mismo que los rostros, todos constan de unas mismas partes, y ninguno se parece.

Los ambiciosos se asemejan á los arcaduces de noria, siempre están cogiendo y nunca están llenos.

La informacion de pobreza está hecha como el ser poeta.

La razon es como el ave Fenix, todos hablan de ella y ninguno la conoce.

El amor de una primera impresion es como la ascua del pino, luego se pasa.

Un tonto suele hacer mas daño que un malvado: basta precaucion para librarse del segundo: para el primero no vale este medio.

El saber de los hombres consiste en la ignorancia de los demas.

El hombre sin fortuna es como un pais infestado, todos huyen de él.

La lisonja es hija de la bajeza.

El amor patrio es como el genio, acaba con la vida.

No hay cosa mas fácil de perder que el crédito; ni cosa mas fácil de encontrar que el desengaño.

Lo primero que uno encuentra cuando nace son sinsabores: lo último que pierde al morir es la esperanza.

La preocupacion es mucho peor que el ateísmo: al segundo le queda remordimiento cuando perjudica á sus semejantes: la segunda queda satisfecha y sin remordimiento, después de hacer el mal.

La desgracia envilece á los hombres ó los engrandece.

MIMO.

LOS AFICIONADOS.

BOZETO DE UN CUADRO DE COSTUMBRES.



ODO el día de hoy ando en busca del *Curioso Parlante*, y no he podido dar con él. Quiero pedirle un favor, ó mas bien hacerle tin encargo; vds. que deben de conocerle, pues yo sé que él los conoce á vds. perfectamente, me harán la merced de contarle mi cuita, tal como aquí en breves razones voy á referirla.

Es el caso, amadísimos oyentes, que ayer, día miércoles para toda la cristiandad, fué martes para mí solo: quiero decir que fué día aciago, infausto y de mala ventura; porque acontecer topar uno tras cada esquina un jorobado ó un noticiero, ó uno de estos que piden prestado hasta que se cobren los atrasos (que es letra pagadera en el valle de Josafat) á una pobre vergonzante, viuda de un coronel, ó en fin, cualquiera otra alimaña molesta y enfadosa, yo fui tropezando en toda mi triste carrera con una cáfila de *aficionados*, linage de gentes mucho mas perjudicial á la república que los gitanos y los eruditos á la violeta; mas digna del último suplicio que los malos traductores y los salteadores de caminos; hombres precitos *ab initio* y enviados plenipotenciarios de Satanás, para echarlo á perder todo en este mundo miserable. Estos son, sí señores, estos son los *aficionados*, que nada hacen por principios ni rectamente; y de todo pringan, y todo lo estropean, y todo lo profanan; estos son los que yo quiero recomendar á la pluma satírica del Sr. *Curioso*, para que así á su modo y con aquella agri-dulce gracia que Dios le dió, me los saque en su Panorama Matritense á la pública vergüenza.

Y porque vea él, y vean vds., y vea todo el mundo que no sin razon me exalto, seguiré mi historia de lo ocurrido ayer.

Sali, como digo, de mi casa, para la de un D. Trifon Acebo de la Sierra, á quien desde Jaen me encargaban que visitase para cierto asunto. Abrió la puerta él mismo, y me encontré

con un hombre de cuarenta años, despeluznado y sucio, vestida sobre una camisa no muy blanca, una levitilla de cúbica no muy negra, pantalón naturalmente sostenido sobre las caderas en ausencia de los tirantes, ocultando con profusos y no muy artisticos pliegues el lugar que deberian ocupar las medias, y dejando ver unos pantuflos que empezaron á despellearse el mismo día en que murió por primera vez el Sr. D. Fernando VII.—Anuncié mi embajada, y de parte de quien venia, lo cual oido por D. Trifon, con entrambas manos agarró la derecha mia, y sobándomela, y estrujándomela, me hizo saltar las lágrimas, porque las tales manos mas parecian forradas de lija, que de cutis ó piel humana. Con este agasajo me llevó á las piezas de dentro, diciendo que queria tratarme con franqueza: yo me dejé guiar y fuimos por una escalera camino de una buardilla. Subiamos un escalon, y subia un grado de Reaumur la temperatura: así llegamos á los veintidos escalones, entretanto que él me iba preparando para entrar en su taller; porque ha de saber V., añadió, que el haberme hallado así en este frage, y todo lleno de virutas, serrin y manchas de cola, es á causa de que soy un tanto aficionado á trabajar de ebanistería.—Accionado! dije para mí: Dios nos asista!—Llegamos al estrellado taller, y el buen Acebo de la Sierra, poniendo boca-abajo un cajon viejo de cigarros, me convidó á que tomase sobre él asiento, repitiendo muchas veces que me colocase con toda holgura y comodidad, é hiciese cuenta que estaba en mi propia casa: ilusion imposible para quien usa sentarse en blando y habitar en estancias ménos calurosas. Quise entónces hablar de mi asunto y despachar, pero D. Trifon me interrumpió para enseñarme las primorosas obras de sus manos. „Vea V., mi amigo, me decia, aquí estoy empleado ahora en hacer estas frioleras,» y me enseñó un gran cajon de pino blanco sin tapa, destinado á poner la provision de salvato para las gallinas, una percha y un mango

de martillo. „No es esto solo, añadió, aquí tiene V. una jaula, que por dejarla acabada el jueves no fui á la oficina, y es para el canario de mi muger. ¿Qué le parece á V?—Perfectamente, dije yo; y sobre todo es de admirar esa prodigiosa variedad de distancias que hay entre unos y otros alambres, como tambien el sutil ingenio con que ha ocultado V. la portezuela por donde haya de entrar el pájaro de la señora.—¿Qué dice V! exclamó, y acompañando este grito con una interjeccion muy de ebanista, soy un borrico, añadió, que no me he acordado de ponerle puerta á la maldita jaula.—Con todo eso, le dije yo, el mérito de la obra queda en su punto, sin que baste á menoscabarle un olvido tan natural como lo fué el del arquitecto que dejó sin escalera la casa de correos.

Dióle consuelo la comparacion, y luego siguió enseñándome una mesa de caoba á la cual habia puesto un pié de nogal pintado; un comedero de palomas en que habia transformado la caja de un estuche inglés, y otras preciosidades por el mismo estilo. Ya cansado de examinar tan extraño conservatorio, pregunté dónde ó como habia aprendido el oficio.—No le he aprendido, contestó, si es todo de pura afición.—¿Y cuáles maderas prefiere V. entre las que produce España por sus calidades?—De esto no estoy enterado, dijo, porque no me he dedicado á la farmacia.—Y de los tornos modernos ¿cuál es el que V. usa?—El del tornero de la esquina, replicó, que es á quien le mando hacer lo que en ese ramo se me ofrece.—¿Y no le fatiga á V. tanto trabajo corporal?—Yo le diré á V., repuso, lo que es aserrar y cosa de azuela, mazo y escoplo, se lo dejo á un oficial que traigo aquí algunas semanas, que es el que me cepilla las tablas, el que me hace las ensambladuras y tal cual otra cosilla, porque me escarmenté el año pasado de haberme herido este dedo, y que tuvieron que hacerme la amputacion; pero lo que es manejar las barrenas, poner la cola, clavar los clavos, etc., todo eso lo hago yo solo, y de afición.—Aquí suspendí mis preguntas escandalizado, y empeñando á mi D. Trifon en que hablásemos del objeto de la visita, le dejé á pocos minutos, con ánimo resuelto de no poner otra vez los piés en su taller.

Meditando por la calle sobre el tal *aficionado*, no reparé en un conocido que se me puso delante, hasta que enlazándome el brazo con aire satisfecho. „Ven, estudiante, me dijo, ven á mi casa y verás qué ganga he logrado anoche: ya sabes que soy aficionado á la pintura.»

—Cero y van dos, murmuré entre dientes, me dejé arrastrar por el nuevo tonti-loco.— ¡Cochocientos reales en una prendería del Rastro! exclamaba quitando el polvo á un lienzo todo roido de ratones; mira, mira qué alhaja un retrato de Carlos IV, original de Juan de Juanes.—¿Qué estás diciendo, hombre? interrumpí, no ves que ese es un horroroso anacronismo? Si Juan de Juanes murió muchos años antes que naciese S. M.—Ahora me haces caso en ello, contestó él imperturbable, pero ser de algun discípulo suyo, porque á tiro de cañón se echa de ver que es de escuela flamenco.—Ya escampa, dije para mi capote, este meneguado no tiene cura.—En seguida descubrió el caballete, preguntando si para ser de mano de aficionado habia visto cosa mejor que aquella vista de Suiza.—Del arte no entiendo, pero creo que no hace muy buen papel el mar en un cuadro de Suiza.—Es para mayor adorno, contestó.—Y aquellas cabras, añadió, ¿no son un poco grandes en comparacion de los árboles inmediatos?—No son cabras, dijo, es una vaca.—En oyendo esto, saqué el reloj, y si mirar siquiera la hora que apuntaba, dije que era tardísimo para mis quehaceres. Despedíme; de un salto me puse en la calle, y de otros dos en casa de la marquesita de.... en fin, de una marquesita.

¡Y luego estrañarán vd. mis lamentos! ¿Quién me querrá creer que allí tambien me esperaban, no uno, sino ocho ó diez, (Dios le confunda!) *aficionados*? Estos lo eran á la música, y tenian cercado el piano y todo inundado de papeles, libretos, cuadernos, cajas, cuerdas é instrumentos. La marquesa me instó que me sentase, y no bien lo habia hecho, cuando el que estaba al piano rompió en tales y tales estrepitosos preludios, que hizo saltar las cuerdas y desafinó mas de treinta: despues de lo cual dieron principio á cantar un dueto de bajos de Marino Faliero. Las voces eran broncas y destempladas, el estilo pésimo, la vocalizacion obscura, y pronunciaban mal el italiano; ninguno entraba á tiempo, y los dos salian por donde podian, los cuales defectos trataba de enmendar el acompañante, haciendo grandes gestos y contorsiones, y marcando el compás sobre los pedales con los tacones de las botas. Acabaron con el dueto y con nuestra paciencia, y yo me di á deseñarles el trágico fin del veneciano Faliero. Pues no quedó aquí, sino que todavia me espetaron un cuarteto con obligados de flauta, que puso en vergonzosa fuga á todos los ratones del barrio, y unas variaciones de violin que me hicieron recordar los retortijos

y calambres con que entra el cólera-morbo.

Harto de *aficionados*, lleno de bilis, irritado, sofocado, me marché de allí á un café por anegar mi mal humor en una buena limonada, y allí, señores, allí.... junto á la mesa coja, la copilla de barro, el mozo sucio, el limon amargo y la cerveza de Santa Bárbara.... allí estaba esperándome como en acecho el peor, el mas cruel, el mas fiero de todos los *aficionados*.... Un aficionado á la poesia.—Amigo mio, me dijo, ciñéndome con sus brazos como una fantasma de Walter Scott, quiero consultar con V. una composicion que pienso leer en el Liceo, si me admiten.—Pues entónces, repliqué, no me prive V. del placer de la sorpresa.—Es que quiero oír su voto de V.—Es que V. no necesita de mi voto, y yo tengo hecho voto de cuando me pidan tales votos, abstenerme siempre de votar.—Pero en fin, repuso él, es cosa corta.—Y no hubo arbitrio: desarrolló su cartapacio, y comenzó de esta suerte en tono sepulcral.

EL INFIERNO.

DESUS! grité: ¿qué asunto tan horroroso! ¿No podríamos dejar ahora.... Mas él no oía ya, ni veía, ni entendía; y siguió gritando y diciendo así:

¡Mansion horrorosa, de eterna fatiga, de eterno martirio, de eterno tormento, de pena terrible, de atroz sentimiento....! Yo invoco tu nombre! ¡Oh horrible mansion! Envidio tu fuego, tus ascuas ardientes, tu pez, tu alcrebite, tus duras cadenas, tus ayes, tus llantos, tus hórridas penas, y de hondos ahullidos el áspero son.

“¿Qué tal? me dijo—Bravo! respondí, y él prosiguió:

En esa caldera de Pedro Botero donde en plomo hirviendo cien mil seres bañan y ves abrasarse sus tripas y entrañas, de muy buena gana me bañara yo.

Que menos tormento sería á mi alma que no el ver agena la muger maldita la infiel, la traidora, la puerca de Rita, que anteañter me amaba, y ayer se casó.

—Esto hará efecto, decia él—Y mucho, respondia yo.

—Y él siguió de esa suerte, variando de metro:

Esa Rita que yo viera cuando era colegial.

Y me hablaba ¡cosa cierta! por la puerta del corral.

Esa Rita, que me amaba, y juraba eterna fé,

Se ha casado sin rebozo con un mozo de café.

—El mozo en esto hubo de creer que le llamaban, y se acercó: yo le pagué y me escurri chiticallando, dejando absorto en su lectura á mi poeta, quien al salir yo comenzaba la serie de las indispensables quintillas con estas tres.

Que es infierno el padecer, y el padecer es amar, y entre amar y aborrecer mil veces se suele ver aborrecer y olvidar.

Por eso en el sentimiento de mi amor horrible y tierno, prefiero al padecimiento de un instante de tormento todo un siglo del infierno.

Por eso el infierno á mi no me causa asombro, no; que el que mas padece allí no sufriera estar aquí amando como amo yo.

Ahora bien, señores: ¿no es verdad que no hay peor peste que la de estos hombres que nada estudian, que nada saben, que nada profesan, y que no pueden por lo tanto hacer cosa alguna á derechas? ¿Qué pena merecen estos picaros de *aficionados* como ellos se llaman á sí mismos, confundiendo la sencilla y loable *afición* á las artes, á las letras, á las ciencias, con la necia presuncion de cultivarlas y poseerlas? Díganme vdes. que pena merecen, y que me la impongan á mi luego, luego, por *aficionado*..... á escribir artículos de coo stumbres.—A. M. S.

102000002f